

GEORGES BRASSENS

BRASSENS

GEORGES BRASSENS

BRASSENS

Poemas ♡ *Canciones*

Ilustraciones de

Emilio Urberuaga

Traducción de

**María Teresa Gallego Urrutia
y Amaya García Gallego**

Edición bilingüe

Nørdicalibros

2021

© Éditions du Seuil, 1991

Une première édition de cet ouvrage a été publiée par
les Éditions Musicales 57 en 1973

© De las ilustraciones: Emilio Urberuaga

© De la traducción: María Teresa Gallego Urrutia

y Amaya García Gallego

© De esta edición: Nórdica Libros, S. L.

Doctor Blanco Soler, 26

28044 Madrid

Tlf: (+34) 917 055 057

info@nordicalibros.com

Primera edición: octubre de 2021

ISBN: 978-84-18451-83-6

Depósito Legal: M-27367-2021

IBIC: DCF

Thema: DCF

Impreso en España / *Printed in Spain*

Gracel Asociados

Alcobendas (Madrid)

Diseño de colección y

maquetación: Diego Moreno

Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y

Ana Patrón

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Para mis amigos de la B mayúscula:
Balandín, Bellver, Berenjeno, Bodas
y Biñango**

* La amistad se permite estas licencias.

Algunas noches Brassens se alza sobre su tumba y dirige la mirada hacia la playa donde no fue enterrado, algo que agradece su paisano Paul Valéry con quien comparte cementerio marino y paseos nocturnos por la playa de Sète.

—Tú tocabas la guitarra, ¿no? —pregunta Valéry.

—Sí, claro.

—Bien, bien.

Y caminan, Valéry con un cigarrillo entre los dedos y Brassens con una pipa entre los dientes.

Uno y otro hacen planes de futuro, del futuro más largo:
LA ETERNIDAD.

EMILIO URBERUAGA



RUEGO PARA QUE ME ENTIERREN
EN LA PLAYA DE SÈTE

(Supplique pour être enterré à la plage de Sète), 1966

Como la Segadora nunca me perdonó
porque en su nariz chata planté más de una flor,
me persigue con necio ahínco.
Y ya que los entierros me están acorralando,
quiero mi testamento tener actualizado
y añadirle un codicilo.

Moja en la tinta azul del golfo de León,
moja, moja la pluma, amigo tabelión,
y con primorosa escritura
apunta lo que debe ocurrir con mi cuerpo
cuando mi alma y él no se pongan de acuerdo
más que en un punto: la ruptura.

Que hasta el suelo natal me encaminen en tren.
A bordo del Paris-Lyon-Méditerranée
viaje mi cuerpo en coche cama,
cuando vuele mi alma al cielo de París
con Gavroche, las grisetas, los pilluelos, Mimí¹...
Sète es el punto de llegada.

¹ Personajes especialmente vinculados a París: Gavroche, el golfillo que muere en las barricadas en *Los miserables* de Victor Hugo; Mimí Pinson, protagonista del cuento homónimo de Alfred de Musset sobre las grisetas, jóvenes y pizpiretas operarias, especialmente las modistillas (su nombre viene de la tela barata con que solían vestirse). (*Esta nota y las siguientes son de las traductoras*).

Mi panteón familiar tiene una edad provecta
y, hablando en plata, está lleno hasta la bandera.
Creo que nadie piensa irse.
Y, aunque el tiempo apremie, no vendría al caso
pedir a mis ancestros que le dejaran paso
al más joven, como quien dice.

A la orilla del mar, a su azul arrimado,
cavad, si puede ser, un agujero blando,
una acogedora guarida,
cerca de los delfines, mis amigos de infancia,
en esa costa de arena fina y blanca,
en la playa de La Cornisa.

Una playa en que, incluso en momentos de rabia,
no se toma Neptuno por la tremenda nada;
donde, si un barco se va a pique,
vocea el capitán: «Cada cual a su puesto,
los toneles de vino y de pastís primero.
A mí que nadie me replique».

Fue allí donde antaño, con quince años cumplidos,
cuando ya jugar solo no tenía sentido,
tuve, al fin, una aventurilla.
Con una mujer pez, una mujer sirena
aprendí del amor las lecciones primeras,
me tragué la primera espina.



Aunque a Paul Valéry no puedo admirar más,
yo, humilde trovador, lo quiero superar,
que me lo perdone el maestro.
Y dado que sus versos valen más que los míos
sea mi cementerio, de ambos, el más marino.²
Por los autóctonos lo siento.

Esta tumba, cual sándwich, entre el agua y el cielo
no le dará al paisaje ningún toque de duelo,
sino una singular belleza.
La usarán las bañistas como biombo discreto
para cambiar de ropa, y los niños pequeños
dirán: «¡Qué castillo de arena!».

¿Será mucho pedir que en ese terrenito
me plantéis, os lo ruego, algo así como un pino,
piñonero de preferencia,
que pueda proteger contra la insolación
a los buenos amigos que hasta mi concesión
vengan a hacerme reverencias?

O llegando de España o de Italia llegando,
de perfumes y lindas músicas cargados,
el mistral y la tramontana
hasta mi último sueño llevarán melodías
de villanela un día, de fandango otro día,
de tarantela y de sardana.

² Véase la nota nota 6, en «Morir por las ideas» (pág. 56).

Y cuando alguna ondina, mi t́mulo convierta
en almohada mullida para dormir la siesta
poco menos que en cueros vivos,
a Jeśs le suplico no me lo tenga en cuenta
si de mi cruz la sombra encima se le echa
para un ṕstumo gustillo.

Ay, pobres faraones, pobre Napoleón,
ay, pobres grandes hombres, esos del Panteón,
cenizas de prosapia ¡pobres!,
¡cuánto le envidiaréis su veraneo eterno,
paseando en patín, por las olas, su sueño,
a este muerto de vacaciones!
¡Cuánto le envidiaréis su veraneo eterno,
paseando en patín, por las olas, su sueño,
a este muerto de vacaciones!

LA MALA FAMA

(*La mauvaise réputation*), 1952

En el pueblo, no es por fardar,
mi mala fama es proverbial.
Que la lée o me porte bien,
el malo siempre voy a ser.
Y eso que a nadie le perjudica
que tan solo quiera vivir mi vida.

La gente de bien lleva mal
que haya harinas de otro costal.
Sí, la gente lleva fatal
que haya harinas de otro costal.
Todos me ponen a parir
menos los mudos, eso es así.

El catorce de julio es
la fiesta grande del buen francés.
Pero es que a mí me da igual
ver a la banda desfilar.
Y es que a nadie le perjudica
que me quede metido en la camita.

La gente de bien lleva mal
que haya harinas de otro costal.
Sí, la gente lleva fatal
que haya harinas de otro costal.

Todos me apuntan por ahí
menos los mancos, eso es así.

Si veo a un poli perseguir
a un ratero infeliz,
lo tengo que reconocer:
al poli le pongo un traspié.
Y es que a nadie le perjudica
que ayude a que un pobre sobreviva.

La gente de bien lleva mal
que haya harinas de otro costal.
Sí, la gente lleva fatal
que haya harinas de otro costal.
Todos se tiran sobre mí
menos los cojos, eso es así.

Hasta el menos perspicaz
sabe cómo voy a acabar:
colgado en la plaza mayor
cuando encuentren la soga *ad hoc*.
Y eso que a nadie le perjudica
que yo tenga metas alternativas.

La gente de bien lleva mal
que haya harinas de otro costal.
Sí, la gente lleva fatal
que haya harinas de otro costal.
Todos irán a verme ahorcar
menos los ciegos, ¡así será!



EL GORILA

(Le gorille), 1952

Tras unos barrotes bien gruesos
las mujeres de la región
miraban un gorila inmenso
perdiendo la reputación.
Las muy frescas de esas comadres
se fijaban en especial
en ese sitio que mi madre
me tiene prohibido nombrar.
¡Ojo al gorila!...

Aunque bien cerrada, la cárcel
donde vivía el animal
sin motivo aparente se abre
(será que la cerraron mal).
El mono al salir de la jaula
dice: «De hoy esto no pasa».
Y queda más claro que el agua
que en su virginidad pensaba.
¡Ojo al gorila!...

El dueño del zoo ambulante
«¡Cago en lamar!» gritó alarmado.
«Está la cosa preocupante
porque el mono no se ha estrenado».
Cuando supo la tribu de hembras
que era un mono sin desvirgar
salió pitando en vez de, atenta,

agarrar la oportunidad.
¡Ojo al gorila!...

Incluso aquellas que, hacía un rato,
lo miraban muy decididas
se largaron dejando claro
que carecían de ideas fijas.
Y eso que no era nada heroico
porque el gorila es un barbián
superior al hombre en el coito
y muchas lo confirmarán.
¡Ojo al gorila!...

Por medio ponen todas tierra
viendo al gorila encelado
menos una vieja muy vieja
y un joven juez novato.
Al ver que todas se largaban,
y falda y toga confundiendo,
el cuadrúmano fue a la zaga
de los femeninos atuendos.
¡Ojo al gorila!...

Suspiraba la centenaria:
«Que con mi edad me desearan
sería cosa extraordinaria
por no decir inesperada».
El juez se decía, impasible:
«Que por una mona me tomen
es completamente imposible».
Verán que resultó que ¡nones!
¡Ojo al gorila!...



Si alguno de ustedes, cualquiera,
se viera forzado a violar
a un juez o a una bisabuela
¿con cuál se querría quedar?
Si alternativa semejante
me tocase a mí un buen día
vaya desde ahora por delante
que a la vieja preferiría.
¡Ojo al gorila!...

Pero, por desgracia, el gorila
aunque destaque en el amor
sabemos que afinar, no afina
en el buen gusto y el primor.
Así que en vez de ir por la vieja,
como cualquiera habría hecho,
agarró al juez por la oreja
y escogió un matorral por lecho.
¡Ojo al gorila!...

Ya sé que lo que pasó luego
muy sabroso resultaría,
pero contárselo no puedo,
siento privarles de esas risas.
Porque en la hora culminante
el juez lloraba: «¡Ay, mamá!»
como el hombre al que, poco antes,
la cabeza mandó cortar.
¡Ojo al gorila!...

EL PARAGUAS

(Le parapluie), 1952

Por la carretera ella iba,
llovía una barbaridad.
Paraguas yo sí que tenía,
robado a un amigo, quizá.
Corriendo fui por si quería
el amparo que le ofrecí,
y secándose la carita
muy dulce me dijo que sí.

Un paraguas le doy,
el paraíso me da.
Era, como quien dice, un ángel.
El paraíso me da
si un paraguas le doy,
no pierdo nada al cambiar.

Qué tierno fue, al ir andando,
oír la bonita canción
que en mi paraguas, mi tejado,
la lluvia brindaba a los dos.
Ojalá igual que en el diluvio
cayera agua a troche y moche
para tenerla en mi refugio
tantos días con sus noches.

Un paraguas le doy,
el paraíso me da.

Era, como quien dice, un ángel.
El paraíso me da
si un paraguas le doy,
no pierdo nada al cambiar.

A algún lugar van los caminos
por más que llueva, ¡qué dolor!,
y pronto el que era su destino
le puso un dique a mi ilusión.
Tras dar las gracias, muy cumplida,
allí me tuvo que dejar,
y la miré, tan menudita,
irse a olvidarme sin pesar.

Un paraguas le doy,
el paraíso me da.
Era, como quien dice, un ángel.
El paraíso me da
si un paraguas le doy,
no pierdo nada al cambiar.